

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 15 DE MARZO DE 1920

Nº 15

VERSALLES

VERDAD que ha sorprendido la noticia? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que se esperaba que M. Clemenceau sería elegido Presidente de la República francesa?

En los primeros meses de la guerra me hallé en Génova rodeado de varios periodistas españoles, que eran todos ellos aliadofilos, con gran contento mío. Yo me figuré que las simpatías de aquellos compañeros serían también las de las clases educadas de España, y esta creencia me hizo feliz durante varias semanas. Cada vez que había surgido una guerra en el mundo tuve que nadar contra la corriente de mis compatriotas. 1899, guerra del África del Sur—a mí me había parecido que los boers no tenían derecho a cerrar a la humanidad el acceso a la explotación de las riquezas de sus minas; 1904, guerra del Extremo Oriente; yo estaba seguro de que la Rusia de los Zares no podía oponer un valor superior al culto caballeresco del «bushido»; 1912, guerra balcánica; no me cabía duda de que había que estar contra el turco, por tratarse de un pueblo culturalmente estéril, ni tampoco de que Serbia, Grecia y Rumanía debían vencer a Bulgaria en castigo de la soberbia de los búlgaros.

Me era clara la causa de los errores de mis compatriotas. Estos se ponían a contar habitantes, bayonetas y superficies territoriales, y prescindían en sus cálculos de las razones que asistían a los beligerantes y del ímpetu con que las sentían. Las clases cultas de mi país son víctimas de un realismo que sólo cuenta con los factores ponderables. En rigor, este realismo merecía una de esas palabras populares tan expresivas como poco corteses.

1914. Sabía que Alemania era el más fuerte de los beligerantes. Si el mundo tenía que pasar por la ignominia de tener un amo solo, Alemania podía ser el amo. Esta consideración me hizo antialemán. Y cuando lloraba de alegría al imaginarme, en Génova, que en esta guerra decisiva iban a coincidir mis sentimientos con los de los míos—porque yo no he nacido para la disidencia, sino para el asenso—, me encontré con que la misma razón que a mí me colo-

caba frente a Alemania, hacía germanófila a mi gente.

Derrumbóse el imperio alemán. Y mientras se elaboraba el Tratado de paz de Versalles los periódicos de París decían: «Nosotros no somos ideólogos. Nosotros no entendemos de principios abstractos, sean catorce o sean cuatro. Nosotros no queremos saber más que de reparaciones y garantías». Comprendí que en aquella atmósfera era imposible una paz razonable, y me volví a Inglaterra. Era la hora de Clemenceau, el «tigre».

Esto de que se le pueda llamar «tigre» le ha hecho popular entre los realistas españoles menos aseguibles a los imponderables. Parece que su santoral—el de éstos—se compone de tiburones, hienas y panteras. Nuestros germanófilos se hicieron clemencistas desde el momento en que se figuraron que no era disparate comparar al «tigre» con un mortero de 420. Ahora se sorprenden de que no haya sido elegido presidente, y se lo explican diciendo que no era diplomático. Le querían serpiente, además de tigre. Y suponen que M. Deschanel debe la elección a su buen sastre.

La verdad verdadera es que el Tratado de Versalles, obra de Clemenceau, grande para la guerra, torpe para la paz, se ha venido abajo. Lo característico del Tratado es que privaba a Alemania de sus recursos naturales y la obligaba al mismo tiempo a pagar una indemnización de guerra que ni los Estados Unidos, con sus riquezas fabulosas, habrían podido resistir. Es el talón del vencedor sobre la cerviz del vencido. Y los alemanes lo merecen, hablo de los mayores de edad, porque habían pecado de soberbia, pero, ¿no es verdad que no es justo que los niños de Alemania, condenados a malograrse, paguen los pecados de sus padres?

El Tratado se habría sostenido, a pesar de su crueldad rencorosa, si los aliados de Occidente hubieran llegado a tener, como esperaban, un Gobierno amigo en Moscov y Petrogrado. Lenin y Trotski, empero, han acabado militarmente con Denikin y Kolchak. ¿Qué impide ahora que Alemania y

Rusia se unan? ¿Polonia, Rumanía, los pueblos bálticos, los Estados con los que quería formar Clemenceau el «cordón sanitario» que aislase el bolchevismo? A la luz de las victorias bolchevistas, ese cordón no es ya apenas un hilo. Y si se unen Alemania y Rusia, no hay que hacerse ilusiones; los aliados han perdido la paz.

Versalles ha dejado a los aliados frente a Alemania y frente a Rusia. Este ha sido el resultado práctico de un Tratado, en el que los aliados no se cuidaron, frente a Wilson, sino de asegurar prácticos resultados. Hay que cambiar de política. Si el enemigo es el bolchevismo, como suele creerse en Inglaterra, hay que atraerse a Alemania para combatirlo, y para atraerse a Alemania hay que tratarla mejor; y si el enemigo es siempre Alemania, hay que seguir otra conducta en Rusia.

M. Deschanel ha sido elegido Presidente de la República francesa, teniendo a M. Briand de primer elector y a los socialistas unificados de electores rasos. Y con este acto, se me figura que se inicia en Versalles la rectificación del Tratado. Por de pronto, se ha descubierto que para estas cosas de la política internacional, hacen falta hombres cautelosos; que no se abandonen a la pasión nacionalista, al punto de que a fuerza de sentirse agraviados por otras naciones, las agraven y conciten en nuestra contra. Pero tampoco basta la cautela. Yo desconfío, tú desconfías, él desconfía... y todos desconfían. Preferible es el espíritu de justicia, y como el espíritu de justicia se expresa en mandamientos, henos aquí de vuelta a la ideología y a los puntos de Wilson, de aquel pobre Wilson que cometió la torpeza de ponerse a negociar sin poderes bastantes, pero que realizó obra perdurable con el solo intento de querer someter la vida internacional a principios abstractos.

Verdad que las abstracciones no suelen parecer respetables a los admiradores de la política de tigres y serpientes; pero no se trata de las abstracciones mismas, sino de las realidades a que hacen referencia, ¿y es acaso, Señor, tan difícil abrir los ojos un póquito a los factores morales de la historia?

RAMIRO DE MAEZTU

(La Publicidad, Barcelona, 20 de enero de 1920).